

## CAPÍTULO X

**Beneficencia en general.**

§ 471. La mayor parte de los lectores se habrán sorprendido al ver lo que en los capítulos precedentes, y, sobre todo, en el último, se ha incluido bajo el título de Beneficencia. Tan sólo algunas partes especiales de la conducta social y política se suele creer que tengan aspecto ético, mientras que aquí se ha tratado de la mayor parte de ellas como de materia ética. Pero el lector que recuerde la doctrina asentada en un principio y últimamente repetida, que toda conducta que de modo indirecto, si es que no directo, conduce á la felicidad ó la desgracia, se ha juzgar por lo mismo como buena ó mala, verá que no pueden omitirse los varios tópicos á que hemos tocado. Después de la conducta que concierne tan sólo al individuo y no afecta á los demás, si los afecta, sino de un modo remoto, y después de la conducta comprendida en el

capítulo de Justicia, que muestra las restricciones que la vida social impone á la individual, casi todo lo restante de la conducta es asunto de la Beneficencia, negativa ó positiva. Porque casi todo el resto de la conducta afecta de un modo placentero ó penoso á los demás hombres.

Después de concebir así la esfera de la beneficencia, es claro que debe incluirse en ella mucho más de lo que ya se ha incluido. Hace falta mucho espacio para tratar en detalle de los incentivos y restricciones que deben guiar la conducta. Hay palabras y tonos y gestos, que en el trato diario excitan continuamente emociones desagradables y otros que las excitan agradables, y la suma de felicidad ó de pena que crean á menudo excede á la suma de felicidad ó pena que crean acciones benéficas ó maléficas de un género más señalado. No es que haya de atribuirse por completo á impulsos benéficos el que las acciones sean agradables ó desagradables. Comúnmente es causa principal la presencia ó ausencia del deseo de hacerse acepto. Pero en la mayoría de los casos, se distingue fácilmente la suavidad de maneras que brota de la simpatía. Una fingida bondad de sentimientos, rara vez produce el mismo efecto que una bondad real de sentimientos.

Aunque la beneficencia de otra clase pueda ser producida por un sentido general del deber, por el deseo de establecer buenas relaciones

humanas, por un alto ideal de conducta, esta especie de beneficencia sólo puede ser producida por un activo sentimiento de cariño al prójimo. En algunas pocas naturalezas delicadas es dominante este sentimiento y se muestra espontáneamente; tan connatural con ellos se ha hecho la beneficencia. Todos se sienten mejor en su presencia. Son centros naturales de dicha. Los de naturaleza inferior, que forman la inmensa mayoría, tan sólo pueden llenar los dictados de la beneficencia en cuanto se subordinan á un ideal de conducta, y de un modo parcial nada más. En ocasiones puede serles posible el conocer á tiempo alguna manifestación naciente de sentimientos nada amistosos y contenerlos, ó percibir con suficiente viveza una oportunidad de mostrar simpatía, ó de despertarla por una viva imaginación de las circunstancias. Teniendo en cuenta las exigencias de la beneficencia puede llevarse á cabo un poco de propia disciplina.

Además de la regulación benéfica de la conducta para con los miembros de la familia y para con los amigos, hay la benéfica regulación de la conducta hacia aquellos que ocupan posiciones de subordinación ó de un estado social más bajo. Aquí se abre una gran esfera para la influencia de la simpatía que calma los dolores. Estos modos de conducta que continuamente reclaman las relaciones de superior é inferior,

derivan del régimen militante con sus rangos graduados y la obediencia mantenida coercitivamente. Penetrando por toda la vida social, influncian todo de una manera difícil de resistir. Aunque entre los de mejor natural por un lado hay un disgusto de las costumbres y usos que hacen sensible á los demás su inferioridad, y aunque por otro lado los más independientes sienten de un modo vago tales usos y costumbres, sin embargo, parece imposible cambiar en seguida las maneras establecidas, y hacer caso omiso de las acciones nada benéficas que las acompañan. Sin duda alguna, á través de la sustitución del sistema de *status* por el de contrato, ha habido una relajación de aquellas costumbres que conservan y recuerdan los hombres de sus respectivos grados.

Ha ido esto tan lejos, que en días recientes se ha descrito á un verdadero caballero (*gentleman*) como un hombre que tiende á que se produzcan con toda holgura en su presencia los que ocupan un rango inferior al suyo, y procura no recalcar cualquier distinción que pueda haber entre él y los demás, sino más bien borrar la conciencia de la distinción.

Al regular el trato, la beneficencia tiene por función aumentar la felicidad de los menos afortunados, elevándolos al nivel de los más afortunados y haciéndoles olvidar, en cuanto sea posible, la diferencia en posición ó en medios.

§ 472. Los párrafos precedentes despertarán probablemente en algunos espíritus una protesta silenciosa, ya algunas veces despierta antes, contra la tácita aceptación de un sistema social que reprueban. No pudiendo aguantar la multitud de males que sufre al presente la humanidad, y atribuyéndolos á su organización existente, rechazan indignados todas las conclusiones que den por asentado el que haya de continuar esta organización. Oigamos lo que dicen:

«Vuestro concepto de la beneficencia es radicalmente antibenéfico. Vuestras observaciones acerca de las restricciones á la libre competencia y al libre contrato implican la creencia de que todos los hombres han de luchar en adelante, como hoy, por provechos individuales. En vuestras observaciones respecto á las restricciones del vituperio se dan por supuestos servicios dados por los pobres á los ricos. Los varios modos de administrar la caridad, que condenáis ó aprobáis, suponen que en lo futuro ha de haber como hoy, ricos y pobres. Y algunas de las últimas exhortaciones respecto á la conducta presuponen la existencia continuada de clases superior é inferior. Pero aquellos que se han emancipado de las creencias impuestas por el pasado ven que tales relaciones de unos hombres á otros son malas y deben cambiarse. Una verdadera ética, una verdadera beneficencia no

puede reconocer desigualdades semejantes á las que dais por aceptadas. Si se han de aplicar los preceptos éticos deben abolirse todas las disposiciones sociales del género que conocemos y ser reemplazadas por disposiciones sociales en que no haya ni diferencias de castas ni de fortunas. Y bajo este sistema no hallarán lugar gran parte de las acciones que habéis clasificado como benéficas. Serán excluidas como inútiles ó imposibles.»

Es incuestionable que hay una garantía *a priori* para esta protesta. Una sociedad en que hay señaladas distinciones de clase no puede llenar las condiciones, bajo las cuales tan sólo puede llevarse á cabo la más perfecta felicidad. Aunque no esté dentro de lo posible que todos los individuos sean iguales respecto á sus dones naturales (un estado terrible si pudiera alcanzarse), sin embargo, es posible que se pueda alcanzar esa especie de igualdad que resulta de una distribución aproximadamente igual de las diferentes especies de facultades, siendo en algunos respectos superiores los que en otros son inferiores, produciéndose así infinita variedad con una uniformidad general y excluyéndose así gradaciones de posición social. Semejante tipo de naturaleza humana, y, por consiguiente, de tipo social, es objeto de la consideración de la ética absoluta.

Pero se olvida que durante las etapas por que

van pasando lentamente los hombres y la sociedad, tenemos sobre todo que atenernos á la ética relativa y no á la absoluta. Teniendo delante como ideal los dictados de la ética absoluta, tenemos que moldear á ella poco á poco la real tan de prisa como lo permita la naturaleza de las cosas. Siendo imposible una transformación repentina, es imposible el repentino cumplimiento de los más elevados requisitos éticos.

§ 473. Los que no contentos con este progreso por medio de pequeñas modificaciones, que es el único permanente, esperan alcanzar por una inmediata reorganización un elevado estado social, suponen prácticamente que el espíritu humano puede cambiar en seguida sus cualidades, de modo que sean reemplazados por buenos sus malos productos. Las viejas creencias en las maravillas que podía obrar una hada benéfica no eran más bajas que son las nuevas creencias en las maravillas obradas por un sistema social debido á la revolución.

Un mundo que desde el extremo Oriente de Rusia al extremo Occidente de California y desde Dunedin en el Norte hasta Dunedin en los antípodas atestigua á diario hechos de violencia, desde las conquistas de un pueblo por otro hasta las agresiones de un hombre á otro, no tiene fácilmente puesto para un orden social que implica una consideración fraternal de unos hacia otros. Una naturaleza que engendra odios

internacionales é intensos deseos de venganza, que alimenta duelistas y un desdén hacia los que no procuran lavar un desprecio con una muerte, no es una naturaleza en que puedan moldearse comunidades armoniosas. Hombres que corren en pelotones á ser testigos de las brutalidades de un partido de *football*, que rugen feroces sugerencias á los jugadores y asaltan á los árbitros que no les dan gusto, de modo que se requiere la protección de la policía, no son hombres que hayan de mostrar consideración á los derechos de otro si acuerdan trabajar juntos para el bien común. No hay genio que pueda crear instituciones bienhechoras para gentes que fusilan á los que no quieren entrar en las combinaciones políticas que forman, que mutilan y torturan el ganado de los disidentes, que emplean emisarios para excitar á las personas indiferentes y causar pánico, y que después, cuando han sido convictos los desdichados, se indignan de que no se les deje libres. Sólo á una imaginación extravagante le ha de parecer posible que un régimen social más elevado que el presente pueda ser mantenido por hombres que como empleados de líneas férreas destrozan y queman el material móvil de las compañías que no ceden á sus peticiones, por hombres que como obreros saludan con balas á los que aceptan los salarios que ellos rehusan, intentan destruirlos con dinamita con las casas que habitan y procuran envenenarlos,

por hombres que como mineros promueven una guerra civil local para prevenir una competencia que no les agrada. Es extraña, en verdad, la esperanza de que aquellos que, sin escrúpulos en cuanto á los medios, se esfuerzan egoístamente en cobrar por su trabajo lo más posible y en dar el menor trabajo que puedan, hayan de volverse de pronto tan desinteresados, que los más superiores de entre ellos se refrenen de usar su superioridad por temor á que cause desventajas al inferior.

Sin tener que recurrir á ejemplos tan extremos podemos ver, considerando un hábito muy difundido, cuán absurda es la creencia de que la conducta egoísta pueda cambiarse en seguida en conducta altruista. Aquí, á través de toda la comunidad, desde los palacios de los nobles y los círculos frecuentados por los ricachones hasta las clases mercantiles, sus hijos é hijas, y aun hasta la gente de cocina y los chicuelos en la calle, nos hallamos con que todos juegan y piden, y el rasgo universal de ellos es que cada cual desea ganar lo que pierde su vecino. ¡Y ahora se nos dice que bajo un nuevo sistema social los que tienen mayores facultades se han de someter á perder lo que pueden ganar los que tienen menos facultades! ¡Sin transformación alguna del carácter de los hombres, sin más que transformar las disposiciones sociales, se espera conseguir los efectos de la bondad sin bondad!

§ 474. Mientras la mayoría cree que la naturaleza humana es incambiable hay quienes creen que puede cambiar rápidamente. Pero ambas creencias son falsas. Pueden operarse grandes alteraciones, pero sólo en el curso de multitud de generaciones; las pequeñas alteraciones, tales como las que distinguen á una nación de otra, ocupan siglos, y las grandes alteraciones, el moldear una naturaleza egoísta en altruista, ocupan, no ya siglos, sino eras.

Una prolongada disciplina de la vida social, el conseguir el bien sometiéndonos á los requisitos sociales y sufrir el mal desatendiéndolos, esto y sólo esto puede efectuar el cambio.

Apenas sería necesario decir esto si no fuera porque la educación que reciben hoy las clases elevadas y á la que obligan á las más bajas á que se sometan, es una educación que no enseña los secretos patentizados ya de la Naturaleza. Uno de éstos es que no es posible que haya más acciones sociales ó políticas que las determinadas por los espíritus, agregados ó separados, de los seres humanos; que estos seres humanos no pueden tener procesos mentales y actividades consiguientes á ellos que no sean parte de sus vidas y sujetos á las leyes de éstas; y que las leyes de sus vidas son conformes á las leyes más generales que rigen la vida en general.

Si estadistas, y políticos, y filántropos, y proyectistas reconocieran esta verdad que les con-

cierno profundamente, verían que todos los fenómenos sociales, desde el principio hasta hoy, y en adelante en lo futuro, deben ser concomitantes de la readaptación de la humanidad á sus nuevas circunstancias: el cambio de una naturaleza que hacía aptos á los hombres para los hábitos errabundos y predatorios del salvaje á una naturaleza que les hace aptos para los hábitos sedentarios é industriales del civilizado. Verían que este largo proceso, durante el cual hay que reducir las aptitudes y deseos viejos, mientras hay que desenvolver las aptitudes y deseos nuevos, es necesariamente un proceso de continuado sufrimiento. Se les haría manifiesto que no hay posibilidad de escapar á este sufrimiento, causado por el constante recargo de algunas facultades, y la denegación á otros de las actividades que piden. E inferirían, por último, que suspender el proceso protegiendo á los individuos y clases de estos serios requisitos impuestos por el estado social, no sólo no serviría para prevenir el sufrimiento, sino que lo habría de aumentar, puesto que ha de venir en seguida la pérdida de adaptación consiguiente al relajamiento de las condiciones. La readaptación tiene que ejecutarse de nuevo y sufrirse de nuevo el sufrimiento.

Así, juntamente con estas permanentes funciones de beneficencia que se han de hacer más dominantes en un último estado social, han de continuar, por miles de años, esas funciones

temporales propias de nuestro estado transitorio. Después que los intentos de los hombres por realizar sus ideales y reformar la sociedad sin reformarse á sí mismos han terminado en un desastre, y que, desencantados por los sufrimientos, se han sometido de nuevo los hombres á la dura disciplina que nos ha llevado tan lejos, entonces es cuando puede cumplirse un progreso ulterior. Pero han de verificarse grandes cambios antes de que este progreso pueda marchar sin impedimento alguno. En la mayor parte de la tierra, los hombres han dejado de devorarse los unos á los otros y de recibir honores en proporción á sus hazañas de este género, y cuando las sociedades hayan cesado de devorarse las unas á las otras y dejado de contar como una gloria sus éxitos al hacerlo, la humanización del bruto podrá hacerse comparativamente rápida. Es imposible que pueda avanzarse mucho en un reino de justicia política interna mientras se mantiene un reino de alevosía externa. Pero cuando el antagonismo entre la ética de amistad y la ética de enemistad haya dado fin, podrá adelantar sin mucho obstáculo el ascenso hacia ese alto estado fantaseado por las visiones descompuestas de nuestros proyectistas sociales.

Entre tanto, la principal función temporal de la beneficencia es mitigar los sufrimientos que acompañan á la transición, ó, digamos más bien, guardarnos de los sufrimientos superfluos. Las

miserias de la readaptación son necesarias, pero las acompañan miserias innecesarias que pueden excluirse con ventaja universal. Debe considerarse como intrínsecamente buena á la beneficencia que suprime sencillamente una pena, considerándola aparte de otros efectos. Es mejor la beneficencia que aporta alivio en cuanto éste concuerde con el bienestar futuro del individuo. Pero la beneficencia que toma en cuenta, no sólo los resultados inmediatos ó remotos para el individuo, sino también los resultados para la posteridad y la sociedad en general, es la mejor de las beneficencias. Por esto es la beneficencia que está tan dominada por el sentido de la responsabilidad que prefiere tener que sufrir una pena inmediata de compasión á sujetarse á la conciencia de haber concurrido á ocasionar penas mayores y más extensas. La beneficencia más elevada es la que, no sólo está preparada, si fuese preciso, á sacrificar placeres egoístas, sino que está también preparada, si fuere necesario, á sacrificar placeres altruistas.

§ 475. Y aquí volvemos de nuevo á la conclusión ya consignada antes, que estos propios sacrificios impuestos por el estado transitorio, disminuyendo gradualmente, han de ocupar cada vez menos espacio en la vida, mientras que las emociones que los originan, dejando de ser mitigadoras de la miseria, se convertirán en multiplicadoras de la dicha. Porque la simpatía, que

es la razón de todo altruismo, ocasiona una participación en los sentimientos placenteros tanto como en los penosos, y á proporción que éstos se hacen menos predominantes, ha de ser su efecto casi exclusivo la participación en los sentimientos placenteros.

Como se indicó en el § 93 una simpatía viva y extensa intensificaría y multiplicaría las lástimas, si existiera durante estados en que en el término medio de las vidas excedieran las penas á los placeres.

Si el mejor constituido y el que se halla en circunstancias más afortunadas tuviera plena conciencia de todo lo que sus prójimos tienen que sufrir, el resultado sería que se haría tan infeliz como el resto, y así se aumentaría la infelicidad total. La vida sería intolerable para los altamente compasivos, se representarían vivamente las torturas que á los negros infligen los mercaderes árabes de esclavos, los terribles años que pasan los canacas secuestrados, que son esclavos bajo otro nombre, los sufrimientos diarios de los ryots hindus, medio muertos de hambre y cargados pesadamente, la lúgubre existencia de los aldeanos rusos, conscriptos, ó aun en medio de la familia, desangrados para soportar conscriptos. Un agudo sentimiento de compasión hacia el prójimo, sería una maldición para los que lo poseyeran si les ponía delante de la imaginación con viva pintura los estados del

cuerpo y espíritu que experimentaban las masas que les rodearan, la larga persistencia en el trabajo bajo sensaciones que protestan de ella, el alimento de los pobres á menudo insuficiente en cantidad, el vestido ligero, el fuego insuficiente, la escasez de reposo, los hijos que gritan, la mujer agriada por la privación y el marido tal vez brutalizado por la bebida: todo esto unido con desesperación, con la conciencia de que la mayor parte de esta miseria hay que sufrirla por todo el resto de la vida y mucho de ella ha de hacerse más intenso según se acerca la vejez. Es evidente que los sentimientos altruistas, mientras sirven en cierta medida para mitigar los sufrimientos que acompañan á la readaptación de la raza, se ven continuamente reprimidos ó cauterizados por la presencia de esta irremediable miseria, y sólo pueden desenvolverse á proporción que ella disminuye. Cuando el sufrimiento decrece ligeramente puede seguirse un aumento ligero de la simpatía, y ésta, bien dirigida, puede hacer que decrezca aún más el sufrimiento que, por su parte otra vez, puede hacer posible mayor simpatía, y así sucesivamente. Pero tan sólo cuando la suma de sufrimiento se ha hecho insignificante, es cuando la simpatía hacia el prójimo puede alcanzar su más completo desenvolvimiento.

Quando la población se ha hecho menos densa—en término próximo por prudentes restriccio-

nes y en último término por decrecimiento de la fecundidad—y cuando los fusiles de largo alcance, los cañones, las bombas de dinamita y otros instrumentos de muerte que los pueblos cristianos han mejorado tanto últimamente, sólo se hallen en los museos, entonces la simpatía crecerá probablemente hasta un grado que hoy apenas podemos concebir. Porque el proceso de la evolución tiene que favorecer inevitablemente todos los cambios de naturaleza que acrecientan la vida y aumentan la felicidad, especialmente los que lo hacen á poca costa. Las naturalezas que con ayuda de un más desenvuelto lenguaje de las emociones, vocal y facial, están en aptitud de entrar tan completamente en los sentimientos placenteros de los demás que pueden añadir estos á los suyos propios, deben de ser naturalezas capaces de una beatitud mayor que la que hoy es posible. En tales naturalezas, una gran parte de la vida mental debe resultar de la participación en las vidas mentales de los demás.

Así, juntamente con una readaptación que va creciendo, el altruismo se irá haciendo cada vez menos el aplacador del sufrimiento y cada vez más el exaltador de la felicidad.

§ 476. Esta conclusión no hallará favor en la mayoría; algunos disentirán de ella intelectualmente, y emocionalmente otros. Los primeros constituyen la clase de los hombres, que, aunque creen en la evolución orgánica y saben

que varias de las muchas transformaciones efectuadas por ella son tan maravillosas que parecen casi increíbles, sin embargo, suponen tácitamente que ya no se han de verificar transformaciones ulteriores, ni aun las relativamente pequeñas, que habrían de elevar á los tipos más elevados de hombres á un tipo apto para una armoniosa cooperación social. Los segundos constituyen la clase mucho mayor de aquellos á quienes no interesa mucho el porvenir de la humanidad, y que miran con indiferencia una conclusión que no les da la promesa de un beneficio para ellos mismos, ó aquí ó más después.

Pero existen unos pocos que difieren intelectualmente de una de estas clases, y moralmente de la otra. A éstos, no sólo les parece racional el creer en la evolución ulterior, sino irracional el dudar de ella; irracional el suponer que las causas que en el pasado han obrado tan maravillosos efectos no han de producirlos en lo futuro. Sin esperar que una sociedad existente haya de alcanzar una elevada organización, ni que algunas de las variedades de hombres que hoy viven se han de adaptar completamente á la vida social, miran, sin embargo, hacia adelante á través de incesantes cambios, ya progresivos, ya regresivos, á la evolución de una Humanidad ajustada á los requisitos de su vida. Y juntamente con esta creencia brota, en un creciente número de personas, el deseo de fomentar el

desenvolvimiento. La ansiosa preocupación que hoy en muchos, sobrepasando del bienestar de sus descendientes personales, se dirige al bienestar de la nación y de sus instituciones, así como en varios casos al bienestar de otras naciones y otras razas, se irá convirtiendo cada vez más en una ansiosa preocupación por el progreso humano en general.

Por último, la más alta ambición del benéfico será tomar parte, aunque sea una parte inapreciable y desconocida, en la obra de «hacer al Hombre». La experiencia muestra á las veces que surge un interés extremo en perseguir fines enteramente desinteresados, y que, según corra el tiempo, habrá cada vez más de esos cuyo fin desinteresado sea la evolución ulterior de la Humanidad. Considerando desde las alturas del pensamiento que jamás han de gozar de la plena vida de la raza ellos, sino una remota posteridad, sienten un tranquilo placer en la conciencia de haber ayudado al adelanto hacia ella.

FIN